

## **TIEMPO VIVIDO**

Gonzalo de Rojas escribía allá por el año 1636 lo siguiente, refiriéndose al renombrado mito de El Dorado: "En primer término, tenía que desplazarse al gran lago de Guatavita para efectuar ofrendas y sacrificios al demonio que la tribu adoraba como dios y señor. Durante la ceremonia que tenía lugar en el lago, construían una balsa de juncos que adornaban y decoraban con sus mejores bienes, colocando en ella cuatro braseros encendidos, en los que quemaban abundante moque - el incienso de estos nativos - y, también, resina y otras muchas esencias. El lago es grande y profundo, y por él puede navegar un buque de borda alta, cargado con infinidad de hombres y mujeres, ataviados con vistosas plumas, placas de oro y coronas de oro... Luego desnudan al heredero hasta dejarlo en cueros, untándolo con tierra pegajosa, sobre la que aplican polvo de oro hasta dejarle el cuerpo enteramente cubierto de este metal. Lo instalan en la balsa, en la que permanece inmóvil, y a sus pies sitúan un gran cúmulo de oro y esmeraldas para que se las ofrezca al dios. Además de él, en la balsa le acompañan cuatro de los jefes principales, adornados con plumas, coronas, brazaletes, colgantes y pendientes, todo de oro. También ellos van desnudos y llevan ofrendas. Cuando la balsa se aparta de la orilla, se escucha música de trompetas, flautas y otros instrumentos, y cantos que reverberan en las montañas y valles, hasta que, al llegar la balsa al centro del lago, izan una bandera en señal de silencio. Entonces hace su ofrenda el Hombre Dorado, que arroja todo su oro al fondo del lago; los jefes que le acompañan efectúan asimismo sus ofrendas, en turnos sucesivos. Y con esta ceremonia queda proclamado el nuevo gobernante, reconociéndoselo como rey y señor".

Casi cuatro siglos después, un grupo de expedicionarios procedentes de las cuatro esquinas del mundo conocido se dispusieron a reanudar la búsqueda, sin más llamada que las trompetas de la convocatoria de una nueva Ruta, sin otra bandera que la de la hermandad de los pueblos y sin más ambiciones que las que pueden caber en una maleta siempre a medio hacer.

Con la mirada fija en un horizonte de recuerdos, hoy, cuarenta días después de iniciar la aventura, nos alejamos silenciosos a los lugares de los que vinimos. Reconponiendo nuestros pasos sobre cada huella del camino, volvemos felizmente exhaustos a nuestras ciudades. Recorreremos las mismas calles, frecuentaremos los mismos sitios, pero nunca seremos los mismos.

Nuestros corazones palpitaron juntos durante cuarenta días, como aplaudiendo al destino que nos unió éste trecho del camino de nuestras vidas y hoy, dispersos por el mundo, seguimos sintiendo bajo la piel las venas abiertas de América Latina.

Los antiguos inkas decían que un día muy lejano, el dios sin nombre se hizo la reflexión de que debía crear un mundo. Tenía la tierra, el agua y el fuego y eso le bastaba para dar forma a cualquier cosa que deseara formar. Así lo hizo, creando tres planos que componían un único Universo. En el de arriba puso a los dioses, que tenían el aspecto brillante del Sol y de la Luna, de las estrellas y de los cometas, y de todo cuanto luce allá en lo alto, sobre nuestras cabezas. Un poco más abajo, pero todavía sobre el segundo mundo, estaban los dioses del rayo, del relámpago y el trueno, del arco iris y de todas las cosas que no tienen más explicación que la que los dioses quieran dar. Ese tercio superior se llamó Janan Pacha. En el segundo mundo, en el de aquí, Cay

Pacha, puso el dios creador a los humanos, a los animales y a las plantas, a todo lo vivo, incluidos los espíritus. En el mundo del tercer plano, el mundo interior, Ucu Pacha, quedó el espacio cerrado y reservado para los muertos. Los tres planos estaban intercomunicados, pero eran unas vías muy especiales las que daban acceso a unos y otros. Al de arriba podía acceder el hijo del Sol, el Inca o príncipe, el Intip churín; desde el interior se podía acceder al de aquí, a través de todos los conductos naturales que se abren desde el interior al exterior, conductos por los que brotan las aguas de la tierra, cuevas, grietas y volcanes, pacarinas, que eran las vías primitivas de acceso por las que llegaron los seres que dieron comienzo a la humanidad; los gérmenes que hicieron nacer los animales, y las semillas que dieron vida a todas las plantas que crecen sobre el mundo. Así explicaron los antiguos inkas la creación del mundo, de lo que es naturalmente el mundo. Un lugar sin semáforos, microondas o fotomatonos que te dejan sin alma. Es nuestra obligación conocer y preservar éste patrimonio espiritual de la humanidad, para conocernos a nosotros mismos y evitar que la nanotecnología se nos suba a la cabeza.

En éste universo posmoderno que tiritita de estrés, veloz como un cadillac sin frenos, la Ruta Inka nos ha permitido pisar a fondo el acelerador de las cosas que realmente importan: la amistad, la convivencia, la interculturalidad... Y casi sin darnos cuenta, hemos sabido poner palos a la rueda material a la que subimos de forma mecánica cada mañana.

Como dice una ranchera la vida es “rodar y rodar, rodar y rodar” y todos queremos de nuevo dejarnos caer como guijarros por los senderos del Qapac Ñan, como el agua que se va al lago.

Las maletas que llevamos a la ruta eran pesadas e impolutas, como una piedra todavía por esculpir. Volvemos ahora con ellas manchadas de lo escrito por el narrador anónimo, que es el viaje, y cargadas de un oro tan ligero como preciado: recuerdos.

Nunca olvidaremos el brillo del Pacífico en Pimentel, los ruteros contemplando estrellas tumbados sobre sus mochilas en Choquequirao o los monos aulladores de la Amazonia peruana.

Cuenta una leyenda andina que Flor, hermosa india de grandes ojos negros, amaba a un joven indio llamado Ágil. Éste pertenecía a una tribu enemiga y, por tanto, sólo podían verse a escondidas.

Al atardecer, cuando el Inti en el horizonte arde como inmensa ascua, los dos novios se reunían en un bosquecillo, junto a un arroyo. Podían verse sólo unos minutos, pues de lo contrario hubieran despertado las sospechas de sus respectivas tribus. Una amiga de Flor descubrió un día el secreto de los dos jóvenes y se apresuró a comunicárselo al jefe de su tribu. Y Flor no pudo ver más a Ágil.

La Luna, que conocía la pena del indio enamorado, le dijo una noche: -Ayer vi a Flor, que lloraba amargamente, pues la quieren casar con un indio de su tribu. Desesperada pedía a los dioses que le quitaran la vida, que hicieran cualquier cosa, con tal de librarla de aquella boda. Oyendo sus súplicas la transformaron en una flor.  
-Dime, Luna, ¿en qué clase de flor la han transformado?  
-Eso no lo sé yo, ni lo sabe tampoco el viento.

-Yo sé que en los pétalos de Flor reconoceré el sabor de sus besos. Yo sé que la he de encontrar. ¡Ayúdame a encontrarla, tú que todo lo puedes!

Y el cuerpo de Ágil fue disminuyendo, disminuyendo, hasta quedar convertido en un pequeño y delicado pájaro multicolor, que salió volando apresuradamente. Era un colibrí.

Desde entonces, el novio, en esa bella metamorfosis, pasó sus días buscando ávida y rápidamente los labios de las flores buscando una, sólo una. Pero, según dicen los indios más viejos de las tribus, todavía no la ha encontrado.

Yo tuve la suerte de ver un colibrí en Ecuador, junto a otros expedicionarios, y pudimos sentir bajo la piel la magia de su verdadera historia, al igual que sentíamos sobre las yemas de los dedos el secreto de los Incas entre las piedras eternamente abrazadas del Cusco.

Los mitos no son otra cosa que la realidad disfrazada y si los antiguos griegos creían que Zeus soltó dos águilas que se unieron en Delfos, el centro del mundo para ellos, en el antiguo Tawantinsuyo lo situaron en el Cusco. Ambos ombligos son del mismo cuerpo carnavalesco, el de una humanidad que quiere ubicar físicamente sus sueños. Hoy algunos seguimos teniendo esa ensoñación geográfica y queremos encontrar el centro del mundo en una mirada de complicidad, en un gesto humano, en alguien que nos muestra su corazón de colibrí, en un mapa de viaje a medio dibujar sobre la mesa... En todas aquellas cosas que nos hacen palpar de alegría cuando gravitan a nuestro alrededor.

Cada recuerdo de la Ruta es como aquel reconstituyente que tomamos en Chavin, un emoliente completamente natural que nos arrancó el frío de raíz. El tipo que los servía desprendía un halo de tómbola, con aquellas bebidas milagrosas a un sol, y a nosotros aquella mañana nos pareció haber encontrado El Dorado dentro de aquellos vasitos empañados por el vaho.

Cada sorbo de Ruta, cada día avanzando por tierras andinas junto a aquella gran familia, ha sido ha sido una odisea entrañable. Empezamos dando medios pasos, como en los tímidos bailes de aquellas cholitas que no paraban de reír, pero terminamos saltando y girando a cada vuelta del camino. Tarapoto fue un buen ejemplo de nuestra conversión en auténticos derviches, esos simpáticos bailarines sufíes que con su girar representan el movimiento de los astros. Volvemos siempre al tema de la ranchera existencialista, rodar y rodar, como el agua que se va al lago.

Las estrellas siempre, no sólo en Sudamérica, me han parecido algo mágico, algo que me ha cautivado como una realidad superior ante la que sólo se puede mostrar admiración. Nuestro cerebro simiesco no puede concebir mentalmente el marco sin esquinas del universo, lo cual es sin duda una bofetada necesaria a la vanidad del hombre posmoderno. Si cada vez que alzamos nuestro cuello de *sapiens* pensamos en aquello que hay sobre nuestras cabezas, llegaremos a la conclusión de la superficialidad material con que cubrimos aquello que realmente importa. Ni siquiera el manto racionalista con que las nuevas estrellas de la ciencia como Stephen Hawking quieren arropar nuestro saber, consiguen disminuir mi asombro cada vez que contemplo el firmamento.

No creo en los dogmas de fe de la nueva ciencia, porque soy “Licenciado” en Historia y sé que las verdades absolutas son algo mutable. Sé que nuestro cerebro animal siempre ha buscado explicaciones racionales a lo irracional, y siempre las ha encontrado en función del contexto social, político y religioso de cada momento. Las explicaciones que nuestra sociedad huecamente científica da al universo me parecen tan válidas como las que dieron los mayas en su momento, aunque personalmente me quedo con la explicación de éstos últimos.

En alguno de los museos arqueológicos que visitamos en Perú pudimos contemplar piezas de obsidiana, ese mineral de un negro brillante que tanto cautivó a los pueblos precolombinos. Los mayas lo consideraban sagrado, ya que creían que se trataba de un medio de comunicación con el inframundo. Los reflejos de éste mundo sobre la superficie pulida de obsidiana, que actuaba a modo de espejo, eran para ellos una imagen real del oscuro mundo subterráneo. Éste pueblo mesoamericano, contemplando la oscuridad profunda del firmamento llegó a la conclusión de que el universo no era más que una gran placa de obsidiana que reflejaba el inframundo, el mundo de los muertos. Así, las estrellas no eran para ellos otra cosa que los mayas del Más Allá, surgiendo una nueva estrella cada vez que moría un maya.

La religiosidad de los pueblos precolombinos escribe una de las páginas más interesantes de la Historia de la Humanidad, pese a haber sido duramente vilipendiada por una sociedad colonizadora que sólo sabe recordar el macabro fenómeno de los sacrificios humanos. Por otra parte éste fenómeno demuestra la enseñanza tergiversada de la Historia que se practica en nuestras escuelas, ya que muchos profanos en la materia seguramente ignoren que los romanos también practicaron sacrificios humanos o que los egipcios realizaban ceremonias antropófagas. “Al César lo que es del César”.

Cada mañana, desperezándonos sobre las literas de los cuarteles andinos, pudimos sentir la esencia del viaje en los huesos. Comenzar cada jornada enrollando nuestros sacos de dormir a modo de pergaminos benedictinos, con un silencio casi místico sólo roto por el reggaeton que irrumpía como un batallón desde los cuartos de los soldados, era como despertar en medio de un escenario entrañablemente surrealista.

Nunca olvidaremos la rapsodia de gestos en el comedor del desayuno, algunos desperezándose como gacelas con miedo de los depredadores kilómetros que quedaban por delante, otros con el entusiasmo de un mono recién caído del árbol, que acaba de descubrir la inmensidad de la sabana. Unos con los ojos todavía puestos sobre los recuerdos de la noche anterior y otros que los movían impacientes por descubrir nuevas presas que fotografiar.

Tampoco olvidaremos el cuadro impresionista que se formaba cada vez que teníamos que subir todas las maletas al “buuuuus”. El bazar turco itinerante del rutero a punto de partir nos acompañó durante todo el viaje, como una rutina nómada a la que pronto nos acostumbramos recibéndola cada día con una sonrisa.

Dice un refrán del desierto que para entender a alguien tienes que caminar tres días con sus babuchas. Lo nuestro fueron cuarenta días portando el chullo, auténtico símbolo de las culturas indígenas que terminamos sintiendo como parte de nosotros.

Hoy camino por las calles de Madrid y siempre que veo a un latinoamericano me pregunto ¿será de Cañar, de Azuay, de Loja, de Macará, de Piura, de San Martín, de Lambayeque, de La Libertad, de Ancash, de Lima, de Ica, de Ayacucho, de Apurímac, de Cusco, de Puno, de Moquegua... o puede que de cualquiera de los lugares que todavía no conozco, pero conoceré en un futuro? Voy a la universidad cada día con una mochila blanca que tiene tejidos motivos indígenas, con una gran llama en el centro. El otro día una mujer latina se quedó mirándola en el metro y esbozó una amplia sonrisa. Me siento reconfortado al ver que hay gente que se encuentra tan a gusto aquí como yo me encontraba allí.

Confieso que adquiriré una dependencia, un Dorado en botella llamado “inca kola”. Ahora tengo que recurrir a las tiendas latinas de Madrid, para saciar mi sed cuando me viene la nostalgia.

Hoy todos nos sentimos un poco como animales inmersos en el zoo en el que nacimos, que añoran los días en los que pudieron recorrer grandes espacios en libertad. Tenemos los ojos como ese pobre oso de anteojos enjaulado, de tanto mirar las fotos de los momentos vividos.

Qué bueno sería poder tirarnos de nuevo por aquel tobogán de piedra y aparecer todos juntos en medio de alguna representación de marinera en una plaza de armas cualquiera, o bajar deslizándonos por una duna hacia un gran picnic a base de mote y chicha morada.

Me gustaría volver a estar sobre el techo de aquel autobús que nos llevó a ver una cascada en el Ecuador, hacer otra carrera de mototaxis por Chulucanas o al menos poder encontrar un lugar en Madrid donde se dignen a venderme cuy. Es un manjar exquisito que definiendo a capa y espada frente a los paladares inexpertos de Castilla, que todo lo comen por los ojos.

Cuando veo los perros encadenados, que sacan a pasear a sus dueños por las calles madrileñas, recuerdo la silueta pelada de aquellos perros peruanos de Caral. Miraban con cara de punky a las pirámides mientras corrían entre sus restos persiguiendo al viento de la libertad, que no le llega a uno si no con el movimiento.

Dicen que en ésta vida hay que hacer tres cosas: escribir un libro, plantar un árbol y tener un hijo. Yo en la ruta hice una de las tres, y pueden adivinar que fue la del medio. Plantamos árboles en dos ocasiones. La primera en el yacimiento arqueológico de Ingapirca y la segunda en una escuela. Son árboles que simbolizan la esperanza de un futuro más limpio en el que el hombre sepa respetar la naturaleza más de lo que ha demostrado hasta nuestros días.

Sudamérica es el pulmón del planeta y el estado de sus bosques y selvas cada día deja más que desear. Mi hermano y yo tuvimos la suerte de poder sobrevolar de regreso a casa la inmensidad de Brasil. Fotografiamos sin parar desde el avión una escena que nos resultó tremendamente dolorosa. Se trataba del espectáculo en vivo de la deforestación de la Selva Amazónica. En amplias extensiones de lo que antes era selva hoy veíamos explanadas deforestadas, de formas geométricas, delimitadas por los restos de un paraíso perdido. Minúsculas líneas verdes denunciaban la inmensa codicia del hombre irracional de nuestros días. Como colofón pudimos contemplar un fuego en

plena selva, que abría un poco más la brecha de locura en la que estamos inmersos. En éstos casos en los que el hombre demuestra que su concepción mercantilista de la naturaleza le ha hecho perder todo contacto con la realidad, recuerdo siempre el siguiente proverbio indio: “Cuando hayáis cortado el último árbol, contaminado el último río y pescado el último pez, os daréis cuenta de que el dinero no se puede comer”.

Gonzalo de Rojas situó El Dorado en el lago de Guatavita, que se encuentra actualmente en Colombia. Paradojas de la vida, éste país será junto a Ecuador el próximo destino de la Ruta. Sin saber que el adiós a Ingapirca sería un “hasta pronto hermanos” y que las lágrimas de Moquegua no hacían más que fertilizar nuestro camino hacia el norte, nos despedimos con la sensación de haber vivido algo único, de haber formado parte de una extraña gran familia.

La vida es un gran viaje y para que sea tal, hay que vivirla. Por ello siempre tengo presente un famoso cuento popular, que me hace reflexionar sobre lo vivido y lo que nos queda por vivir. Habla de un viajero que sale en busca de aventuras y que un día llega a un pueblo solitario en el que se para a descansar sobre un roca. Pronto se da cuenta de que hay muchas rocas similares y de que presentan inscripciones. Se trataba sin duda de un cementerio. En una ponía un nombre con la fecha de 7 años y 3 días, en otra un nombre distinto con la fecha de 6 años 2 meses y 12 días, y así sucesivamente. Llegó a la conclusión de que en aquel pueblo morían muchos niños y, conmovido, preguntó a un hombre sobre ello. El hombre sonriendo le respondió que no había nada de que preocuparse, que en aquel pueblo existía la costumbre de dar a cada joven una libreta en la que anotase los momentos vividos intensamente. Le explicó que cuando moría una persona en el pueblo se abría su libreta para sumar aquellos tiempos que, para ellos, suponían el único y verdadero tiempo vivido. Gracias a todos ustedes por estos cuarenta días que sumar.

Espero que todos vivamos tanto como si fuésemos de Vilcabamba, pero sobre todo que tengamos llena la libreta a la hora de la verdad.

Se acabó la Ruta por éste año, pero seguiremos buscando El Dorado con ojos soñadores, con los tambores de la Pachamama palpitándonos bajo la piel, con la sonrisa del recuerdo presente en nuestras mentes y con la sensación de que algún día volveremos a sentarnos juntos, con las piernas colgando del horizonte.

David González García

Licenciado en Historia por la Universidad Complutense de Madrid.

Domicilio: c/Iquitos nº3 28027 Madrid (España) Teléfono: 0034-913249692 (fijo) ó 0034-699992624 (móvil) Correo electrónico: [davidoff10@hotmail.com](mailto:davidoff10@hotmail.com)

[www.rutainka.net](http://www.rutainka.net)